jos venerandos de sus seres queridos? Una momia. ¿Y los Griegos? Una ceniza. ¿Qué ha hecho de ellos la ciencia heterodoxa? Un esqueleto. ¿Y la filantropía? Una estátua. ¡Sólo la Religión Católica, cubriendo con su augusto manto los restos mortales de los que fallecen en su seno, ha convertido el cadáver yerto del cristiano en un objeto de piadosa y santa veneración, estimando que fueron cuerpos enaltecidos á la dignidad de hijos del Eterno y presuntos herederos de su gloria! Es doctrina de la Iglesia que "el cuerpo del cristiano, desde el momento de su muerte, deja de pertenecer á la sociedad civil y á la propia familia, y entra en el pleno dominio de la potestad eclesiástica."

Cuanto aquí, pues, se dispuso para verificar las HONRAS del Sr. León XIII, estuvo dentro de los severos límetes de la disciplina canónica.

***

Hétenos ya á los umbrales de la monumental Basílica, donde van á dar principio las imponentes ceremonias con que la Esposa del Cordero sin mancilla conmemorará aquí á su último Dignísimo Vicario. ¡Pleguemos las alas de la imaginación; recojamos nuestros pensamientos, y dediquemos todas nuestras facultades á recibir las impresiones conmovedoras del sagrado recinto, suntuosamente triste, y la propia de estos momentos solemnes que van á rodar en la clepsidra misteriosa de nuestros recuerdos. con la lentitud abrumadora con que se deslizan, adhiriéndose á las mejillas, las gotas de llanto arrancadas por el dolor á las almas sensibles al desatarse sobre la cabeza del hombre la tempestad de los infortunios supremos.

El arte, trasunto misterioso de lo Eterno verdadero, que predispone nuesto espíritu á la fruición psi-

cogénica de la belleza ideal, puso á escote sus maravillas en la decoración fúnebre de nuestra airosa Catedral, y desde el primer golpe de vista, la sensación era de agrado y de sobrecogimiento. Sorprendía la delicada sencillez del adorno, el feliz contraste de siluetas negras como el dolor, con palmas verdes como la inmortalidad, y con el fondo claro, albeante de bóvedas y columnas de inmaculada blancura como la conciencia del justo; herido todo, bañado por la viveza de luz de centenares de focos incandescentes que, como topacios de fuego, pendían de las soberbias lámparas, y por una profusión de antorchas que chisporroteaban en regios blandones y diseminados candiles. Todas las tendencias del ideal artístico que presidiera aquella mezcla de sombras y de brillo, de suntuosidad y de tristeza, alarde impresionista del severo conjunto, coadyuvaban admirablemente á la sugestión reposada del sentimiento melancólico que debía predominar en el espíritu de los fieles. Se notaban valentía é inspiración propia en la ejecución, y un olvido absoluto y muy plausible, del amaneramiento local, de los resabios tradicionales de la escuela arcaica; había espontaneidad en el conjunto, y en los detalles, tendencia influida de la estética moderna; una perfecta unidad en todo, y esa alianza profunda de la forma y del fondo que sintetiza el verdadero objeto del arte: hacernos experimentar los sentimientos que experimentó el artista al concebir y dar á luz su lucubración, y sin esfuerzo alguno de su genio, hacernos asimilar las bellezas de su obra. Bien es cierto, que el genial artista, Sr. Don Luis de la Torre, á cuya competencia encargó esta vez el M. I. y V. Cabildo la ornamentación, es uno de nuestros inspirados que posee facultades sobresalientes, hallándose por lo mismo, al nivel de las más altas concepciones religioso-estéticas de la cultura moderna; que tiene, además el dón maravilloso de realizar fiel-

mente y con cierta facilidad, sus ideales; y en fin, que atesora aquella capacidad especial, que más que talento en el arte, se llama delicadeza de ejecución y acertado tino de apropiada invención; pero esta vez se nos reveló grande artista, no uno de tantos profesionales del arte. Su obra mereció el elogio entusiástico de *l' èlite*, y atrajo la atención de todos los concurrentes á las solemnes exequias, porque bien lo merecía, como cosa presentida en el calor de una imaginación joven y caldeada en la intensidad de los sentimientos sinceros de un cristiano dolor y de una veneración profunda, tierna y cariñosa. Reciba el Sr. de la Torre, en estas líneas, el testimonio de admiración más legítima, indemne de toda perversión crítica, aunque ciertamente en ayunas de conocimientos técnicos que motivarían el elogio concienzudo é irrefutable, digno de su reconocido talento, de su inspiración fecunda y de su renombre, merecidamente conquistado en otros centenares de veces, de sitios y de oportunidades.

*
*

De las amplias bóvedas de la nave central, bajaban colosales pabellones de raso negro, guarnecidos de fleco blanco; y desde la balaustrada superior, circuyente del amplio recinto, cubierta entonces en su totalidad de paños fúnebres, pendía, á trechos simétricos, un ondulante cortinaje de crespón que velaba gran parte de las paredes y se hallaba recogido en medio de los altares de orden corintio, sobre las estrías de las columnas murales, como á dos metros de altura del pavimento, en grandes moños sujetos por unos escudos circulares que ostentaban, en fondo obscuro, una cruz de Malta, dorada y resplandeciente. De las ventanas superiores y claraboyas, también encortinadas de luto, penetraba la luz del día, palidecente y como tamizada por la penumbra de los

celajes, comunicando al ambiente una especie de enervadora é indefinible tristeza, como la que se enseñorea del espíritu al sobrevenir la noche en una selva umbría, después que ha brillado muchas horas en toda su magnificencia, el esplendoroso sol de un día de primavera. Bajo los capiteles de las mismas columnas murales, se veían enormes coronas fúnebres con largos moños de crespón, y las diez soberbias pilastras que soportan las bóvedas de la nave central y laterales de nuestra bella y monumental Matriz, fueron artísticamente exornadas con doseles de raso negro, rándados de oro, que ascendían hasta la mitad de la esbelta columna, en cada una de sus cuatro caras, é iban á terminar en grandes y airosos abanicos de crespón; cada uno de esos doseles, fué decorado en el centro, con un marmóreo escudo pontificio en que se leía con visibles caracteres el mote de una de las Encíclicas incomparables del Magno León de esta centuria. Los escudos fueron feliz y atinadamente superados por una hoja de esbelta palma que ascendía hasta perder su vertice entre los plieges del abanico: ¡Qué símbolo más hermoso, más gallardo y más adecuado de la inmortalidad ya reconocida por la fama universal á esos grandiosos monumentos de la sabiduría apostólica!

Por frente del amplio zócalo del presbiterio, corría á uno y á otro lado de los peldaños de la escalera central, una ancha banda de terciopelo negro rematada en flecos de plata, y de la misma tela y guarniciones eran las dos grandes cortinas: la de la puerta que da acceso á la sacristía, y la doble y magnífica que se abría sobre la testera del Coro. El púlpito y los ambones, se hallaban cubiertos con ricos paramentos de raso de seda negro, recamados de níveo metal, é idéntico era en todo el regio frontal del altar mayor.

De la elevada cúpula del Coro, así como del domo

del mismo altar mayor, caían gigantescos y tétricos pabellones de gasa, doblemente bifurcados, guarnecidos con flecos de plata, cuyos ondulantes gajos venían á sujetarse á las columnas delanteras y á las murales de la extensa crujía, destacándose el exquisito y sagrado monumento cipresino de célebre mármol de Carrara, bajo el tenue velo de un crespón obscuro que apagaba con su impalpable sombra el pulimentado brillo de aquellos artísticos contornos, como enluta un girón de noche la delicada silueta de una tuberosa que yergue su ambrosino cáliz en medio de la floresta.

Al lado del Evangelio se colocó, en el mismo presbiterio, el morado baldaquín —luto riguroso según el ritual Romano—con flecos de oro, que cubría el sitial destinado al ilustre Príncipe de la Iglesia con prelatura en esta Arquidiócesi, y á ambos lados, los asientos que deberían ocupar los dignatarios y miembros del M. I. y V. *Cabildo;* así como al lado de la Epístola, se puso una flamante sillería destinada al V. Clero Regular y Secular y á los ordenandos de nuestro benemérito Seminario Conciliar.

A la entrada, bajo la segunda bóveda de la nave central, se elevó magestuoso é imponente el gran catafalco marmóreo de severo orden toscano, que en otros días sirviera para solemnidades semejantes, con motivo de las honras fúnebres de nuestros Ilmos. y Rmos. Prelados, si bien menos grandiosas que la presente, dadas la Suprema Jerarquía del conmemorado y su preeminencia insólita en la Cátedra de los Pontífices. Formaba la base del soberbio túmulo, una plataforma rectangular de más de un metro de altura por cerca de siete en cada uno de sus costados, toda de negro, y á la que se ascendía por cuatro escalinatas laterales de ocho peldaños cada una, á cuyos lados, así como sobre los extremos de ese primer cuerpo, corría una barandilla broncínea, sobre la que

brillaban muy cerca de doscientos cirios, distribuidos en toda su extensión. Cada uno de los ángulos del barandal tenía una columna ática, sirviendo de base á hermosas ánforas verde obscuro de tersa y lustrosa malaquita, y de las esquinas del cuadriforme arrancaba el neto de otros tantos trozos de columnas estriadas que sostenían sobre sus capiteles un candelabro de azabache en forma de obelisco, sustentando en la cúspide una hacha enorme y fulgurante. En el centro de la plataforma, se levantaba un segundo zócalo de un metro de altura por cerca de cinco en sus costados, y de ahí partía una gran pirámide cuadrangular, negra en las aristas y de violáceo granito en el centro, á cuyas faces adosaban el sólido plinto ocho columnas de ambarino mate, cual el amarillo mármol de Cuenca, de más de tres metros de fuste y formando un templete funerario, de cuatro portadas sensillas, pero sólidas y hermosas, como lo es todo aquello que pertenece al primero de los órdenes arquitectónicos clasificados por Vitruvio. Las unía un hermoso cornisamento, que circuía el exterior de la pirámide y la cortaba á un tercio de su altura, pues medía, desde la base á la cúspide, más de doce metros de elevación. El arquitrabe tenía la blancura del mármol de Italia ó la albeante limpidez del alabastro de azuladas venas propio de la nebulosa Albión, con las molduras y los filetes del paflón dorados, relucientes y que mezclaban su potente brillo al rubí de los poliedros cuarzo-hialinos de las lámparas, heridos por la luz incandescente de las bujías y al topacio bermejizo de las antorchas ignicentes, que de arriba á abajo decoraban el grandioso monumento. Sobre la cornisa descansaban dieciseis candelabros de metal luciente con otros tantos cirios, y entre ellos, cuatro de negro y oro, de cerca de dos metros de altura, que correspondían á las aristas de la pirámide. En los ángulos formados por los intercolumnios de las